

<u>Tradución</u>: Mel.- {@onlyseeyou}

Para: HushHushArgentina [http://Twitter.com/HushHush_Arg]

Los calabozos de Langeais. Una historia de Hush Hush.-

Valle de Loire, Francia. 1769.

Era una noche vívidamente negra, la luna de finales de octubre se encontraba sofocada por una cubierta de nubes, pero el camino que llevaba hasta el castillo de Langeais era cualquier cosa menos pesado.

Trozos de piedra aparecieron bajo las ruedas delgadas del carruaje, y por sobre el chillido del viento, el sonido del látigo del cochero alocó a los cuatro caballos, que emprendieron una carrera desesperada. Un giro brusco sacudió al entrenador, dejándolo en dos ruedas, y sólo logrando que éste volviera a ensañarse con ellos una vez más.

En el interior, las manos de Chauncey Langeais volaron hacia las paredes. Podría haber abierto la ventana y gritarle a su conductor, pero, en cambio, le había ordenado al hombre que condujera tan rápido como fuera posible. Incluso más.

Los ojos de Chauncey vagaron por su regazo, y de allí se dirigieron a sus largas piernas. Resopló con disgusto ante el cuadro que presentaba: su ropa estaba sucia y rota. Una camisa de lino blanco, atada alrededor de su muslo por un vendaje, estaba empapada de sangre. Cada músculo de su cuerpo gritó en señal de protesta. Estaba temblando de dolor y, recién en la soledad del carruaje, había renunciado a tratar de ocultarlo.

Presionando los codos en la parte superior de sus rodillas, inclinó la cabeza y juntó las manos detrás de su cuello. Se sentó de esa manera hasta que el dolor volvió, demostrando una vez más que ningún tipo de estiramiento lo aliviaría.

Tirando de la tela que cubría su cuello, estimó los minutos que le faltaban hasta llegar a su hogar, donde podría cerrar las puertas, tras una noche larga. Por supuesto, no había forma de calmar el ardiente fuego en la boca su estómago, diciéndole que nada podría evitar que el tiempo marchara hacia adelante.

El Jeshvan. El mes judío comenzaba a la medianoche del día siguiente, y con él, el brutal ritual que Chauncey sufría cada año, cediendo el control de su cuerpo por una quincena entera.

Se preparó para el gran apriete de ira que siempre le seguía a un pensamiento sobre el Jeshvan o sobre el oscuro ángel que vendría a apoderarse de él. Había pasado una gran parte de los últimos 200 años a la caza de una manera para deshacer lo hecho. La tarea lo había consumido. Había empujado grandes sumas de dinero en los bolsillos de místicos, gitanos y adivinos parisinos, en busca de esperanza; luego de una escapatoria, y al final, había encontrando que no era más que un tonto estafado. Todos habían afirmado sabiamente, jurando, que llegaría el día en el que Chauncey podría encontrar la paz. Si él no hubiera sobrevivido ya a todos, tendría que haberles estirado el cuello a cada uno.

Sin embargo, la decepción le había enseñado a Chauncey una valiosa lección. El ángel lo había despojado de todo. No había esperanza, ni escapatoria. Sólo tenía la venganza, y ésta había crecido en su interior como una semilla solitaria en un bosque quemado por cenizas. Sopló suavemente a través de sus dientes, dejando que la ira fría y salvaje se hinchara dentro de él. Ya era hora de que el ángel aprendiera una lección, y Chauncey haría cualquier cosa para enseñársela.

Una fuente llamativa y escalonada, pasó por la ventana del coche, y luego otra.

Chauncey se irguió para ver su castillo, con gárgolas en las ventanas de paneles de diamante. El cochero desaceleró a los caballos con una sacudida que normalmente habría escapado a la atención de Chauncey. Esa noche, apretó los dientes de dolor.

Sin esperarlo, Chauncey abrió la puerta con el talón de su bota y giró torpemente, extendiéndose en toda su altura. El cochero, que apenas le llegaba a la parte superior de la caja torácica, se quitó el sombrero

raído y, alternativamente, se inclinó y se escabulló hacia atrás, tropezando con sus pies como si estuviera frente a un monstruo, no frente aun hombre. Chauncey lo miró, frunciendo el ceño un poco. Trató de recordar el tiempo que el cochero había estado a su servicio, y si habría descubierto el obvio y doloroso hecho de que, con cada año que pasaba, Chauncey no parecía envejecer.

Él le había jurado lealtad al ángel a los dieciocho años, congelándose en esa edad para el resto de la eternidad. Pero mientras sus modales, lenguaje, y vestimenta lo hicieran parecer un poco mayor, podría resolverlo. Hasta podía ser confundido con un muchacho de veinticinco años, pero ese era el límite.

Se hizo una nota mental para no olvidar despedir al cochero en año nuevo. Luego, dando manotazos a los penachos de polvo levantado por los caballos, cojeó a través de las losas de piedra hasta llegar al castillo.

Le dio a la enorme fortaleza un apreciativo repaso. Ninguna tentación terrenal podía verse tan atractiva como ésta lo hizo en ese momento. Pero no podía relajarse todavía. No tenía ningún deseo de pasar la noche atormentado por el conocimiento de que, en poco más de veinticuatro horas, todo volvería a empezar. La horrible y desesperante sensación de perder el control de su cuerpo y de verlo caer en las manos del ángel, lo invadió.

No, antes de dormir, tenía que pensar cuidadosamente toda la información que había reunido en aquel último viaje a Angers.

Luego de asearse, vendarse y vestirse, Chauncey se acomodó en la silla detrás de su escritorio en la biblioteca, e inclinó su cabeza hacia atrás, cerrando los ojos, llenándose de aquella sensación de quietud. Hizo un gesto a ciegas para Boswell, quien estaba parado en la puerta, para que le trajera una botella de la bodega.

- —¿Algún año en particular, Su Alteza?
- —1565 —pidió, por amor a la ironía, amasando ambos puños contra sus ojos.

Había pasado 200 años deseando poder volver hacia atrás en el tiempo hasta ese año y alterar las últimas horas de la noche. Podía recordar los detalles más finos. El golpeteo de la lluvia, frío e implacable. El olor de moho, el pino, y el hielo. Las lápidas húmedas color pizarra que sobresalían como dientes torcidos de la tierra. El ángel. La alarmante pérdida que había sentido al darse cuenta de que no podía ordenarle a sus propios pies que corrieran. El caliente e invisible hierro golpeando todos los rincones de su cuerpo. Incluso su propia mente racional se había vuelto contra él, haciéndole creer que el dolor era real, sin sospechar que era simplemente uno de los trucos mentales del ángel.

—Tu juramento de fidelidad —había dicho el ángel—. Dilo.

Chauncey no quería recordar lo que sucedió después. Dejó escapar un gemido. Había sido un tonto. No había entendido el significado de lo que se le había exigido dar. El ángel lo había engañado, torturado, cegado, y le había quitado la voluntad de hablar por sí mismo. Chauncey había dado su voto para acabar con un dolor fantasma. Unas pocas palabras habían demostrado ser su perdición: Señor, me convierto en su hombre.

Se incorporó y arrojó su brazo sobre el escritorio, enviando algunas botellas de tinta y un pisapapeles de cristal al suelo.

—¡Maldito sea! —hubo un cambio en las sombras a lo largo de la pared del fondo. El cuerpo de Chauncey se tensó— ¿Quién anda ahí? —exigió, con la voz ronca de rabia.

Esperó a que alguno de sus criados farfullara una disculpa, pero en vez de eso, una femenina y brillante voz habló.

—¿De vuelta en la ciudad, Chauncey? ¿Y no pensabas hacerme una visita?

Chauncey sopló profundamente por la nariz y cuadró los hombros. Trató callar, pensando que debió haberlo sabido, pero las palabras se le escaparon de la boca.

- —Tendrías que haberme avisado que vendrías —dijo más sos egadamente—. Me gustaría haberle pedido a Boswell una copa extra de vino.
 - -No he venido aquí a tomar.

Entonces, ¿qué?, pensó.

—¿Cómo entraste? ¿Boswell? —preguntó, aunque le costaba creer que su mayordomo hubiera dejado entrar a una mujer extraña dentro de su biblioteca personal, sin acompañante. No si valoraba su trabajo.

-Mi llave.

Demonios, volvió a pensar, pasándose las manos por la cara. Trató de sentarse de nuevo, pero un fuerte dolor en su pierna cortada le impidió moverse.

—No tendría que haber vuelto nunca, ¿verdad? —dijo por fin, descubriendo lamentable que Elyce no se encontraba entre las cosas sobre las cuales su memoria podría haberle fallado esa noche.

Se habían conocido en un hotel de paso. Ella era una bailarina, la criatura más exótica y venenosa que había visto jamás. No podría haber tenido más de diecisiete años, lo que le llevó a creer que era una fugitiva.

Él la había envuelto con su capa y la había llevado de regreso a su casa con menos de una docena de palabras de introducción entre ellos. Se había quedado en el castillo... ¿Cuánto? ¿Ocho semanas? Hasta que su relación terminó abruptamente.

Elyce lo había vuelto a visitar con frecuencia en las semanas siguientes a su separación, exigiendo el pago de algo (un vestido que ella insistió en que había dejado y que él nunca había regresado, el reembolso de los carros que habían trasladado sus pertenencias del castillo, y, finalmente, sólo él por qué). Chauncey sólo le había dado el gusto, encontrando secretamente cierto placer en su excitante compañía.

Finalmente, ella había desaparecido por completo, y él no había vuelto a verla en dos años. Hasta ahora. Cogió el pisapapeles de cristal del suelo y lo estudió con una expresión aburrida.

—Necesito dinero.

Él bufó divertido. Nunca se equivocaba, en particular sobre ese punto. Ella le deslizó una mirada.

- —Quiero el doble que la última vez.
- —¿Él doble? —se echó a reír—¡Por Dios! ¿Qué haces con todo eso?
- —¿Cuándo podré esperarlo? —Chauncey se encogió de hombros, mientras caminaba alrededor de la mesa para apagar una de las lámparas que le estaba causando dolor de cabeza.
 - —Si hubieras sido tan exigente cuando estábamos juntos, tal vez te habría respetado más.

Ella siempre había sido exigente, se lo recordaba ahora sólo para burlarse. De un cierto modo retorcido, que no le importaba analizar, disfrutaba con la pelea. Ella era agresiva, egoísta y manipuladora, pero sobre todo, entretenida. Era un espejo de sí mismo.

—Dame el dinero, y me iré —dijo, pasando su dedo a lo largo de la parte superior de un marco dorado e inspeccionando el polvo.

Era la viva imagen de la naturalidad, pero, por alguna razón, no podía mirarlo a los ojos. Chauncey se acercó a la repisa de la chimenea y se apoyó en ella, su posición favorita para la contemplación profunda, aunque ahora sólo buscara apoyo.

Trató de ocultar ese hecho. Lo último que necesitaba era avivar la curiosidad que quemaba los ojos de Elyce. No le interesaba en lo más mínimo recordar las circunstancias humillantes en las que su cuerpo había terminado de aquella forma.

La imagen de estar persiguiendo un coche por los bulevares de Angers destellaba de su memoria. Se había limitado a la parte trasera del carro, en un esfuerzo para no perder Jolie Abrams, la joven que había estado siguiendo durante toda la noche, pero había perdido el equilibrio cuando su capa se enredó en las ruedas. Había sido arrastrado por el carro una buena distancia, y cuando finalmente había quedado libre, había sido pisoteado por un caballo que se acercaba. Elyce se aclaró la voz.

—¿Chauncey?

Sonaba más como una orden impaciente que un recordatorio amable de que estaba esperando. Sin embargo, Chauncey no había sacudido por completo la memoria. Había pasado una semana en Angers, buscando en las partes más sórdidos de la ciudad, donde el ángel era conocido por jugar a las cartas en casas clandestinas, o por boxear en las calles—una alternativa moderna a los duelos que se estaba extendiendo por toda Europa. Había mucho dinero en juego, si lograbas ganar, y Chauncey no tenía ninguna duda de que el ángel, con su basto arsenal de trucos mentales, podía hacerlo.

Fue mientras espiaba al ángel en uno de esos partidos, la primera vez que Chauncey puso sus ojos sobre Jolie Abrams. Ella estaba disfrazada con ropa de campesino, con su pelo castaño oscuro suelto, su boca tensa riendo y tragando cerveza barata, pero Chauncey no se dejó engañar. Esa mujer había asistido al ballet y la ópera. Debajo de la ropa vieja, su piel era limpia y perfumada. Ella era hija de un noble.

En medio de la inspección de su gracia, él lo descubrió. Una mirada secreta entre ella y el ángel. La mirada de los amantes.

Su primer impulso fue matarla directamente. Todo lo que el ángel valoraba, Chauncey anhelaba hacerlo pedazos. Pero por razones de las cuales no estaba del todo seguro, la había seguido. Observado. No se había dirigido de nuevo al castillo, hasta que la había perdido en el transporte.

Durante todo el viaje a casa, había repasado aquella sorprendente revelación. El ángel valoraba algo físico. Algo que Chauncey podía tener en sus manos. ¿Cómo podría usarlo en su beneficio?

—¿Estás queriendo decir que me harás esperar toda la noche? —Elyce se cruzó de brazos y se irguió un poco más.

La vio levantar una ceja, o tal vez ambas, la mitad de su cara estaba lejos de la luz y oculta en la sombra. Chauncey se limitó a mirarla, dispuesto a callar lo que estaba pensando. ¿Qué pasaba si...? ¿Y si encerraba a Jolie Abrams en el castillo?

La idea lo tomó por sorpresa. Él era un duque, el Señor de Langeais, un caballero. Hubiera preferido arar sus campos por si mismo antes de tomar a una dama como rehén. Y sin embargo, la idea era tentadora.

En el castillo había una gran cantidad de torres, pasillos enrevesados, y... calabozos. Dejaría que el ángel tratara de encontrarla. Chauncey sonrió de forma sarcástica.

Cuando era un niño, su padrastro le había advertido de la suerte de los que vagaban por debajo del castillo sin guía, y Chauncey había pensado que sólo se trataba de cuentos, de la táctica de un hombre que confiaba en el miedo como forma de disciplina. Luego, durante una exploración secreta de los túneles que se encontraban debajo de la cocina, Chauncey tropezó con restos óseos. Las ratas se habían dispersado por debajo de los huesos a la vista de su antorcha, dejando en pie a Chauncey, solo con la muerte. Desde ese día, se había propuesto mantenerse lejos, en los pisos superiores del castillo.

—Tendrás tu dinero—le dijo a Elyce, por fin. Luego la miró por encima de su hombro—. Una vez que hagas algo por mí—agregó lentamente.

Elyce se echó el cabello hacia atrás y levantó la barbilla.

—¿Disculpa?

Chauncey estuvo a punto de sonreír. Ella se indignó. El cielo sabía que ella tendría que ganarse su mantenimiento.

- —Jolie Abrams —dijo, con la idea del secuestro en su interior. Elyce entrecerró los ojos.
- —¿Quién?

Él se volteó, dándole toda su atención.

—La amante de un enemigo —murmuró, mirando a Elyce con un nuevo interés.

Si el ángel descubría su olor, todo estaría perdido. Lo que significaba que necesitaba un representante. Alguien capaz de pasar desapercibido bajo la atenta mirada del ángel. Alguien capaz de conseguir la confianza Jolie Abrams. Una mujer.

—Entonces lo siento por ella. Difícilmente tratas a tus enemigos con amabilidad. Voy a esperar mi dinero mañana a última hora. Buenas noches, Chauncey.

Giró sobre sus pies, moviéndose rápidamente en un vestido que era demasiado lujoso para no tratarse de otra cosa más que de un Coste original, y que, sin duda, había sido financiado por sus bolsillos. Chauncey aferró el candelabro de plata que había estado acariciando de forma ausente, y lo arrojó por el aire hacia ella. Elyce debió haber oído el roce de velas contra el manto de su vestido, porque entonces se dio media vuelta y pateó el objeto, que salió disparado hacia atrás del sofá. Su expresión se había blanqueado. Estaba casi sin respirar, y Chauncey sonrió ante su fino temblequeo.

Ladeó las cejas, investigándola en silencio. ¿Vamos a empezar de nuevo? habló con su mente, utilizando uno de los grandes y terribles dones que poseía por ser el hijo bastardo de un ángel oscuro. Nunca había conocido a su verdadero padre, pero su opinión sobre él se fijó en el desprecio. Sin embargo, los poderes que había heredado de él no eran del todo detestables.

Vio una pizca de confusión apoderarse del rostro de Elyce, mientras ella luchaba con la idea de que le había hablado con sus pensamientos. Rápidamente fue reemplazada por la negación. Él no podía. Era imposible. Ella lo había imaginado. Una respuesta típica y aburrida que sólo lo irritaba más.

—No seas un matón, Chauncey —dijo al fin—. No tengo miedo de ensuciar mis manos un poco. ¿Qué tienes en mente? —se estaba esforzando por sonar molesta, pero Chauncey se dio cuenta de que, debajo de las capas bien practicadas de su expresión, estaba algo más que preocupada por la respuesta. Estaba preocupada por él. Su audacia había sido siempre una tapadera de su miedo.

—Quiero que traigas a Jolie Abrams hasta aquí. Antes de mañana por la noche. Vas a tener que darte prisa, porque vive en Angers. —¿Quieres que la traiga hasta aquí? —parpadeó— ¿Por qué no sólo envías un coche a buscarla? Enviar un carro. Oh, por supuesto. Con el escudo de la familia Langeais grabado a lo largo de la puerta. Si eso no lograba alertar al ángel, él no sabía qué más podía hacerlo. —Dile mentiras, hazle promesas, no me importa. Sólo asegúrate de que esté aquí antes de la medianoche. —¿Y su amante? —Chauncey hizo un gesto de asco— ¿Tiene un nombre? —Elyce lo estaba presionado. Chauncey casi soltó un bufido. Ella quería saber si el hombre tenía valor y riquezas. Estaba con Chauncey por una generosa suma de dinero. La lealtad de Elyce siempre había pertenecido al mejor postor. —No —fue todo Chauncey dijo, una imagen del rostro del ángel oscuro ocupó su mente. —Seguro que tiene un nombre, Chauncey —dio un paso audaz hacia él, poniéndole la mano en la manga. Él la quitó, poniendo las manos detrás de su espalda. —No te vuelvas entrometida, amor. —Yo no soy tu amor —cubrió la frustración en su voz, inyectando un nuevo nivel de pesar en ella-¿Has puesto tus ojos en ella, entonces? Esta Jolie. ¿Quieres que ella sea...? —se interrumpió, pero Chauncey era lo suficientemente perceptivo como para terminar por si mismo la frase. ¿Quieres que me reemplace? Sonrió. Diez segundos antes, Elyce lo había despreciado, pero ahora que ella temía que hubiera encontrado a alguien para llenar su vacío, se ahogaba en sus propios celos. Sus sentimientos hacia él no se habían endurecido por completo. —Yo podría encontrarla, ¿sabes? —dijo Elyce— Yo puedo... y a continuación, ¿qué harás? ¿Secuestrarla? ¡Te mandarán a la cárcel! —No he dicho nada sobre secuestros —Chauncey habló casi en silencio. —Oh, pero te conozco, Chauncey. Él le tomó la barbilla, levantándole la cabeza para poder encontrar sus ojos. Estaba a punto de decir algo, pero se dio cuenta de que un gesto áspero era más amenazador que las palabras. La dejó llenar el silencio, imaginando lo peor. Ella echó la cabeza hacia un lado y se tambaleó hacia atrás. Entonces corrió hacia la puerta, parándose en el umbral. —Después de esto, terminaré contigo. —Trayéndome a la chica ganarás la mitad del dinero. Ella se quedó momentáneamente sin habla. –¿La mitad? —repitió con la mirada brillosa. —Vigilándola aquí en el castillo y asegurándote de que no muera bajo mi techo, ganarás la otra mitad —él no quería bajar por completo la ira del ángel, sólo quería una moneda de cambio—. Voy a pagarte la

totalidad cuando el trabajo esté terminado.

Vio su resistencia a la idea de una docena de días consecutivos de trabajo. Ella no tenía idea de lo que él pasaba en el mismo período de tiempo cada año. Y de que lo pasaría una vez más, a menos que tuviera al ángel de rodillas.

—No —respondió.

Chauncey se sentó en el brazo del sofá. Quería hablar amablemente, pero una corriente de advertencia cayó en su voz.

- —Dudo que tenga que recordarte cómo te he sido de gran ayuda en el pasado. ¿Qué piensas, amor, que será de tu futuro sin mí?
 - -Esta es la última vez -le espetó ella.

Cruzó las manos ligeramente en su regazo.

- —Siempre vuelves, pidiendo dinero. Siempre jurando que esta vez es la última.
- —¡Esta vez lo será!

Él hizo una mueca de incredulidad, que sólo la enfureció más. Podía ser que ella lo dejara tener la última palabra esa noche, pero eso no iba a durar. Ella volvería tarde o temprano a vencerlo. Ya estaba deseando que llegue.

Ella era una ninfa de fuego, de pie delante de él en un terciopelo crema que se fundía a la perfección con su piel translúcida y su pelo claro. Sólo sus ojos de un azul hielo se destacaban. Chauncey estaba a punto de ser cautivado por ella una vez más.

- —¿Tenemos un trato?"
- —¡Cuidado, Chauncey!. No soy una mujer con la que se pueda jugar.

Tras esas últimas palabras, se dio la vuelta, desfilando junto a Boswell, quien saltó a la vida desde su lugar fuera de la biblioteca, y se fue corriendo tras ella para tratar de llegar a las puertas del castillo en primer lugar.

Él perdió. Las puertas se cerraron, reverberando a través de los pasillos.

Chauncey sonrió a pesar del dolor de cabeza que sentía. Odiaba las sorpresas, pero la visita inesperada de Elyce, aquella noche... bueno, él no podría haberlo planeado mejor. Estaría muy sorprendido si, a la tarde del día siguiente, Jolie Abrams no se encontraba sentada bonitamente en esa misma habitación.

La noche siguiente, Chauncey se encontraba en su dormitorio. Su ayudante lo estaba vistiendo con pantalones de terciopelo verde y un chaleco a juego, cuando Boswell entró en la habitación.

- —La señorita Cunningham y la señorita Abrams están esperándolo en la biblioteca, Su Alteza.
- —Voy a estar en un minuto.

Boswell tosió incómodamente sobre su puño.

—La señorita Abrams se encuentra en un estado de... sueño. —entonó aquella última palabra de forma risueña. Chauncey se volvió hacia su mayordomo.

—¿Ella está durmiendo en mi biblioteca?

—Drogada, mi Señor —Chauncey soltó una carcajada. ¿Elyce la había drogado? La ninfa era aún más imaginativa de lo que él recordaba—. La señorita Cunningham dijo que la señorita Abrams ofrecía resistencia. Otros dos sirvientes y yo tuvimos que entrarla. Está muerta para el mundo, perdón por la expresión.

Chauncey pensó en ello un momento. No había esperado que llegara drogada, pero era un hecho de poca importancia.

Ella estaba allí. Sus ojos recorrieron la ventana. La luna estaba alta, burlándose de las estrellas por su brillo, y la media noche acercaba más con cada segundo que pasaba.

Él había planeado saborear la profunda y escabrosa satisfacción que sentiría al oír gritar Jolie mientras la arrastraba hacia lo más profundo de los túneles laberínticos y húmedos por el agua estancada y el moho de las catacumbas, pero no habría tiempo para que el sedante se desgastase. Tenía que meterla en las entrañas del castillo antes de partir a encontrarse con el ángel en el cementerio. Había mucho por hacer. Tenía que trazar el camino. Tenía que preparar provisiones para que ella resistiera una quincena, por si acaso. Tenía que instruir a Boswell y los otros criados para que se mantuvieran alejados del castillo. Él no quería que nadie estuviese alrededor para ayudar al ángel a su voluntad.

De repente, su impaciencia se desvaneció. Saber que no era el único incapaz de controlar su propio destino esa noche le causó una repentina oleada de satisfacción.

En la cocina, Chauncey encendió una antorcha y abrió la pesada puerta que conducía al sótano. A pesar de todos los años que había vivido en el castillo, los túneles eran aún un misterio para él. Había ido sólo una o dos veces desde su última excursión como un niño, buscando demostrarse a sí mismo que podía, que ahora era un hombre grande y que no les tenía miedo a los monstruos inventados en su infancia.

Empujó la antorcha hacia la oscuridad de la escalera, y la luz brilló sobre las paredes grises. Sus botas resonaban contra los escalones de piedra. En la parte inferior, fijó la antorcha en un soporte de pared. También había uno del otro lado de la bodega, pero por lo que sabía, era el último. No había existido necesidad de más soportes en los túneles, ya que nadie, excepto los presos y sus guías, se habían aventurado a ellos.

Chauncey tenía cuatro grandes carretes de hilo en una bolsa de cuero, colgando de su hombro, y sacó el primero. Ató un extremo a la baranda, y tiró de él varias veces para confirmar que era seguro. Los pelos de su cuello se erizaron ante la idea de perderse en los túneles.

Su padrastro había bromeado acerca de que había una sola dirección hacia ellos. Recordando aquello, Chauncey le dio un último tirón al hilo. Convencido de que aguantaría, tomó la antorcha y se adentró en la boca del diablo, desentrañando el carrete a su paso, marcando su camino con la red de hilo.

Incluso entre el humo casi negro de la celda, recostada torpemente sobre el suelo de tierra, Jolie Abrams era hermosa. Su altura era poco convencional para una mujer, pero Chauncey no se encontraba en posición de ser crítico sobre alturas. Sus ropas de campesino habían sido sustituidas por una perfecta seda verde, y su ondulado cabello castaño estaba recogido, permitiendo observar sin obstáculos sus pómulos y rostro ovalado.

Tenía las pestañas escandalosamente largas y salpicaduras de pecas que, de alguna manera intuía, la habían llevado a lanzar sus manos hacia arriba cada vez que se había enfrentado a un espejo. Un relicario de oro colgaba de su cuello.

Chauncey le gruñó, usando su dedo pulgar para presionarlo y abrirlo. Para su sorpresa, no era el rostro del ángel el que se encontraba dentro, sino el de otra mujer. Se parecía demasiado a Jolie, por lo que no podía ser otra cosa que su hermana.

Cerró el medallón, sintiéndose un tonto por entrometerse en sus cosas más íntimas, y luego inspeccionó la celda.

Un catre en la esquina y una bandeja de plata para los alimentos sobre una mesa, fuera del alcance de los roedores. De pronto deseó haber traído algo para que se sienta más cómoda. Mantas, por lo menos. Ella era una dama, y el tratamiento adecuado del sexo opuesto se había arraigado fuertemente en él por las enseñanzas de sus tutores. Eso probablemente explicaba por qué elegía a granjeras o bailarinas, como Elyce, quienes buscaban un patrón rico, no un marido (cuando lo que él quería, después de todo, era una mujer).

Echó un vistazo a las esposas colgando de las paredes, pero no veía la necesidad de ellas. La puerta de la celda era tan gruesa como un árbol cortado. Jolie tendría que rascar con sus uñas durante miles de años para tallar una salida.

Un par de ratones corrieron a lo largo de la pared cuando él agitó la antorcha en las sombras más profundas. Los apresó debajo de la puerta y raspó sus excrementos con los talones de sus botas. Jolie se agitó a sus pies, soltando un suspiro de mal sueño.

Estaba tendida de lado en la tierra que era más fría a causa del tiempo de finales de octubre. Bocanadas de aire helado brotaban de sus labios.

—¿Quién eres? —dijo entre dientes, su voz un era silbido de rabia. Sus hombros subían y bajaban con cada respiración— ¿Qué quieres de mí?

Él sintió la necesidad de decirle que todo aquello era culpa del ángel, pero la verdad era que él podría haberla dejado ir. Aunque no podía dejarla salir ahí mismo. Tenía que ordenarle a uno de sus cocheros que la llevara a casa. Ella regresaría a su cómoda y segura vida, mientras que él pasaría los próximos quince días en agonía...

—Te vas a quedar aquí por un tiempo—dijo—. Me ocuparé de que te sientas cómoda, con suficiente comida y agua.

-- ¿Cómoda? ¡¿Cómoda?! —se incorporó y le lanzó un puñado de tierra.

Chauncey se quitó la suciedad de la camisa, lentamente. Era un bruto, ¿de verdad lo era? Un salvaje irracional. ¿Qué pensaría ella sobre el ángel? ¿Qué él era mejor? Si Chauncey era un tirano, el ángel era diez veces más terrible que el diablo. ¡Tomaba el cuerpo de Chauncey como rehén cada año! Y no era como si él pudiera huir durante esa docena de días y noches, o bloquear lo que veía.

No. Por un par de semanas estaba atrapado en un cuerpo que no se sentía como el suyo, obligado a ver todo acto despreciable que el ángel le hacía pasar. Apostaba su dinero. Bebía su vino. Ordenaba a sus siervos. Estaba con sus mujeres.

Hacía dos años, había sufrido en silencio, mientras el ángel seducía a Elyce, tratándola de una forma a la que ella se refería como "Los catorce días más mágicos de su vida". Chauncey le había ordenado salir de su presencia en el momento en que el Jeshvan había terminado. Aún recordaba la confusión y la furia en sus ojos. No le dijo que él no era el responsable de sus quince días de magia.

—¿Ni siquiera tienes la decencia de decirme de qué se trata? —las mejillas de Jolie estaban totalmente rojas, cada palabra que salía de su boca era para Chauncey como una aguja punzante.

Sus ojos se posaron en su ropa a medida, y Chauncey pudo leer sus pensamientos. ¿Un caballero para vestirse, pero no para actuar? ¿Qué señor secuestra a una mujer y la mantiene prisionera? Se hinchó de humillación, pero también tenía que pensar en el ángel. Chauncey no iba a permitir que lo tomara de nuevo. La idea lo incitó más allá de la razón. Jolie ladeó la cabeza hacia un lado, la luz del reconocimiento llenó sus ojos.

- —Tú... tú estabas en la lucha. En Angers. La otra noche. Yo te vi —prácticamente podía oír sus pensamientos tratando de darle sentido de sus palabras.
 - —Tengo un asunto con el ángel —sonrió él, débilmente, y a su pesar.
 - —¿Con quién?

La sonrisa de Chauncey se hizo más profunda.

- —¿No te lo dijo?
- —¿Decirme qué? —se irritó ella.
- —Tu amante no es un hombre. Es más como un animal, diría yo —el primer atisbo de recelo se asomó en su rostro—. Es uno de los ángeles desterrados. Así es, amor. Un ángel. ¿No me crees? Échale un vistazo a su espalda. Las cicatrices de sus alas —estaba disfrutando de aquello.
- —Él me dijo... que fue azotado —Chauncey echó la cabeza hacia atrás y rió. Ella estaba de rodillas. Apretó los puños de las manos—. ¡Me dijo que ocurrió mientras estaba en el ejército!
 - —¿Hizo eso? —preguntó él, y luego salió de la mazmorra.

Él había plantado una semilla. El ángel no se encontraría con su novia tan ignorante en su próxima reunión. Si es que ella estaba de acuerdo en volver a reunirse con él, después de todo.

Cerró la dura puerta, bloqueándola con una barra de hierro. La escuchó golpear y gritar obscenidades del otro lado. Oyó la bandeja de la comida dar de lleno contra la puerta, mientras ella gruñía. Ahora tendría que dejar el hilo intacto para que Elyce pudiera ofrecerle una segunda bandeja.

Tanteó a ciegas por el hilo, para hallar la salida. Cada paso se sentía más pesado, y cada respiración le tomaba más trabajo.

El Jeshvan. La medianoche estaba demasiado cerca. Sintió que se hacía eco en todos sus tendones, y redobló sus esfuerzos para caminar más rápidamente, por temor a lo que podía suceder si no llegaba al cementerio a tiempo.

La lluvia crepitaba en el oscuro campo alrededor del Castillo de Langeais, pero Chauncey cruzó el patio de los establos, inconsciente del barro que se pegaba a sus botas. No llevaba sombrero, su pelo húmedo y despeinado le azotaba el rostro. Él sabía sin dudas que sus ojos reflejaban el ennegrecido cielo que tenía por encima.

Se agachó bajo el techo de los establos, respirando de forma irregular. Podía sentir el Jeshvan sobre él, aplastándolo. Podía sentir el control de su cuerpo desaparecer. Tenía que cumplir con el ángel a la medianoche, o el dolor sería insoportable.

Parte de su juramento consistía en poder convertir su cuerpo libremente. El primer año, Chauncey había ido a reunirse con el ángel, sin tener idea de lo que estaba en juego. El segundo año, más sabio y

templado, había forzado el ángel de llegar a él. Chauncey había sufrido el dolor antes de que el ángel siquiera llegara. Todavía había líneas en las paredes del castillo donde él había incrustado sus uñas en la agonía.

El caballerizo tuerto, salió cojeando de entre las sombras, con el ceño fruncido. Posando su mano sobre una viga, Chauncey hizo un gesto breve en dirección a los establos. Esperaba que su sirviente fuera lo suficientemente inteligente como para interpretar su gesto. Respiraba con dificultad y no tenía ningún deseo de hablar. El caballerizo parpadeó su ojo bueno.

- -Pero es casi la medianoche, su Señoría.
- —Caballo—su voz sonaba áspera, tensa.
- —Va a tomar un minuto, mi señor. Yo... no lo esperaba. Es decir, es un poco tarde...
- —No tengo un minuto —le espetó Chauncey.

Un relámpago crepitó a través del cielo. El sirviente alzó los ojos y rápidamente se persignó. Chauncey lo fulminó con la mirada. El hombre insolente aún estaba en pie en su lugar, temeroso de Dios más que de él.

Chauncey se hundió de repente en una de sus rodillas, jadeando. La tierra daba vueltas. Sintió como la bilis le subía hasta la garganta. El dolor era tan brillante que lo arrastraba desde el interior. El caballerizo dio un paso hacia adelante.

—¿Milord?

—¡Caballo! —ahogó él, pensando que le habría arrancado el cuello a su asistente si este hubiera estado a su alcance.

Minutos más tarde, Chauncey salía del establo, azotando un caballo a una velocidad vertiginosa. Se dirigió hacia el bosque con la sensación de que el ojo bueno del caballerizo lo seguía hasta donde comenzaban los árboles, sintiendo su miedo latir sobre su espalda.

El ángel había llegado a tiempo. Se encontraba sentado sobre una lápida adornada del rústico cementerio, protegido por el bosque. Sus manos estaban entrelazadas entre sus rodillas, sus ojos se veían oscuros y vigilantes, pero no nerviosos. Su cabello estaba húmedo por la lluvia, y a pesar del frío, tenía la camisa abierta en el cuello. Su boca se curvó hacia un lado, la sonrisa de un pirata. Fácil y cruel a la vez.

—¿Dónde está? —preguntó.

Chauncey estremeció. ¿Quería decir Jolie? No era así como había planeado su conversación. Había planeado ser él quien le dijera al ángel que Jolie Abrams había sido encerrada en algún lugar entre allí y París, con el alimento limitado y que, a menos que el ángel cooperara, iba a morir inevitablemente.

Había dejado a Jolie con alimentos más que suficientes, pero no podía permitirse pensar en ello por temor a que el ángel tuviera alguna manera de descifrar su mente.

—Tuviste suerte de encontrarla a tiempo —dijo con calma—. Voy a preguntarte una vez más—hablaba casi en silencio— ¿Dónde está?

Chauncey rió.

-Espero que... no le tenga miedo de las ratas.

El músculo de la mandíbula del ángel dio un vuelco.

—¿Ella a cambio de mi palabra de no poseerte?

La adrenalina picaba en la piel de Chauncey. ¿Estaba preguntándole? ¿Estaba de acuerdo con la negociación? ¿Así de simple? Chauncey había previsto algún tipo de lucha. Sacudió la cabeza.

—No confío en tu palabra. Libérame de mi juramento. Nunca más vas a tomar posesión de mi cuerpo durante Jeshvan. Algo menos que eso, y la chica muere. He oído que el hambre puede ser muy doloroso — Chauncey levantó las cejas, como si estuviera pidiendo la opinión de los ángeles al respecto.

Los ojos del ángel eran tan negros que la noche parecía pálida en comparación. Chauncey le sostuvo la mirada con recelo mientras el estómago se le agitaba. ¿Había hablado demasiado pronto? ¿Había pedido demasiado? Pero era su cuerpo, ¡su vida!

- —¿Es tu oferta final?
- —Sí, es mi última oferta —gruñó Chauncey impaciente.

¿El ángel se estaba retirando? ¿Estaba tan corrompido que no le importaba dejar morir a la chica? Chauncey sintió la medianoche caer sobre él, el dolor se llevó hasta la última gota de paciencia y cordura en él. Apretó los dientes, jurando que mataría al ángel si este se reía de él por aquellos humillantes espasmos y sacudidas.

¡Date prisa y toma una decisión!

La posesión pasó muy rápido. Chauncey se estrelló contra un árbol y no hubo forma de escapar. Le ordenó a sus piernas que corrieran, pero era como si una gran pared de hielo separara su mente de su cuerpo. Trató de mover la cabeza, para ver dónde estaba el ángel, pero su estómago se enfermó con la verdad. Estaba sucediendo de nuevo. El ángel no estaba allí. El ángel estaba dentro de él.

Aquí viene la lucha, pensó Chauncey.

El ángel golpeó su cuerpo contra el árbol por segunda vez. Otra vez, y otra, y otra, hasta que Chauncey sintió como la sangre comenzaba a correr por su rostro. Su hombro palpitaba. Sentía moretones brotando a lo largo de cada parte maltratada de su cuerpo. Quiso gritar para que el ángel se detuviera, pero su voz no le respondía.

A continuación, el ángel metió el puño Chauncey de lleno dentro del árbol. Hubo un sonido espantoso, y Chauncey vio como los huesos le sobresalían de la piel. Aulló, pero era un sonido silencioso, atrapado en su interior. Sabía lo que venía después y trató de prepararse para eso. El ángel lo obligó a patear el árbol, una y otra vez, hasta que sintió los huesos de su pie roto. Gritó y balbuceó, pero había sido arrancado de si. Él no era más que razón y sentimiento. No podía actuar, sólo estaba obligado a hacerlo en consecuencia.

Tan rápido como había perdido el control, estaba respirando por sí mismo de nuevo. Se quedó tendido en el suelo y en seguida acunó la fractura de la mano contra su pecho. El ángel estaba sobre él. Le dirigió una mirada significativa al árbol, ahora pintado con la sangre de Chauncey.

—¡Nunca voy a decirte dónde está! —escupió.

Chauncey sintió el tormento vertiginoso de la herida en el muslo mientras ésta se desgarraba. El ángel había tomado el control nuevamente, para comenzar a azotar la pierna de Chauncey con una rama. La herida se abrió, y la sangre floreció a través de sus pantalones de terciopelo. La sien le latía de pánico, y

podía sentir el aroma al terror saliendo de su piel. ¡No hables! No hables! se gritó a sí mismo a través del zumbido del miedo sacudiéndolo. ¡No dejes que te gane!

Chauncey se derrumbó, nadando dentro y fuera de su conciencia. La mitad de él anhelaba la oscuridad del sueño, la otra mitad temía la pérdida del control. ¿Qué pasaría si revelaba la ubicación de Jolie en sueños? No podía. No podía...

Con la mejilla adormecida por la tierra helada, los ojos de Chauncey revoloteaban. Le pareció ver correr al ángel a lo lejos. Trató de sonreír. Había ido a buscar el paradero de Jolie, ¿verdad? Su boca formó las palabras "Buena suerte", pero éstas se quedaron en sus labios.

A pesar de su bruma, Chauncey sabía que aquel era un momento crucial. El ángel tenía que poseerlo, ahora o nunca. El plazo era de una hora. El ángel nunca lo había desaprovechado en el pasado, pero ahora... esta vez...

Incluso si adivinaba el paradero de Jolie, para el momento en que fuera y volviera del castillo, sería demasiado tarde. Él iba a perderse este Jeshvan...

Chauncey rodó los ojos. Había pasado por ese tipo de dolor muchas veces antes. No iba a morir, pero iba a perder una gran cantidad de sangre, y el sueño duraría incluso una semana o dos, dependiendo de la gravedad de sus heridas, mientras que su cuerpo poco a poco se cosía y se convertía en uno solo otra vez.

Chauncey despertó en el cementerio. Estaba apoyado contra una lápida color pizarra y el frío se filtraba por la espalda de su camisa. Entre las rendijas de sus ojos, el mundo se veía negro y plata. Algunos copos de nieve caían hacia abajo, y se fusionaban con sus pantalones, camisa, y hasta con sus propias manos. Las giró lentamente, observándolas emocionado de que se encontraran bajo su poder.

Se arrastró en posición vertical y supo que todo había terminado. No sabía cuánto tiempo había dormido, pero la mañana helada y el paisaje transformado lo hizo adivinar que habían sido varios días.

Había escapado del Jeshvan. Había desafiado al ángel. La piedra que había colgado en su interior todos esos años, se agrietó, convirtiéndose en polvo. Si pudiera hacerlo una vez más, lo haría con gusto.

Sonrió a los árboles, sin importarle que su ropa estuviera rasgada y manchada con sangre, o que su cuerpo apestara. Se pasó las manos por el rostro, cegado por el brillo de la mañana. Todo era fresco. Aspiró el olor embriagador de la selva, lo sostuvo, y lo dejó ir. Por primera vez en su vida, estaba fascinado por la austera belleza del mundo que poco a poco se congelaba.

Dio vueltas en círculos mientras su mente gritaba y saltaba de alegría, hasta que lo alcanzó un mareo y se dejó caer en el barro medio congelado, riendo. Se quedó así durante bastante tiempo, el sol en el bosque ya no se sentía como un enemigo. Estaba inmensamente feliz.

Entonces sus ojos se abrieron de golpe. Jolie. El castillo. Las mazmorras. Sus pies ya lo estaban llevando en una carrera desesperada.

Chauncey no podía recordar el camino. Agarró la antorcha. Sus botas salpicaban a causa de la acumulación de agua en la parte inferior de los túneles.

—Jolie... —su voz hizo eco como la de un espíritu sin cuerpo.

Con un gruñido impaciente, siguió adelante, dejando que el carrete se desentrañara en su mano libre. Llegó a un cruce, giró a la izquierda, y un trozo de hilo lo sorprendió en el ombligo, quedándose corto. Ya había pasado por allí. Estaba dando vueltas en círculos. Vueltas y más vueltas, cerca o lejos de Jolie, él no lo sabía.

Se recostó contra la pared, cerrando los ojos, y respirando pesadamente. Tenía que pensar. Tenía que recordar. Si pudiera hacer a un lado la oscuridad y recordar el laberinto...

—¡Jolie! —gritó de nuevo.

Se preguntó si ella le respondería. Él era el tirano que la había encerrado. Ella podía estar en ese túnel, o en el siguiente, escuchándolo, pero escondiéndose por miedo.

—No me hagas esto... —murmuró.

El ángel. No podía dejar de pensar en el ángel. ¡Había renunciado al Jeshvan! Le declararía una guerra a implacable si él había dejado a Jolie morir allí.

¿Cuánto tiempo había pasado? Días y días, pero ¿cuánto? Él había enviado lejos a sus criados, y no había nadie a quien preguntarle. ¿Y dónde diablos estaba Elyce? Él le había pagado para que la vigilara.

¿Había dejado suficiente comida? ¿Jolie había estado lo suficientemente abrigada? Él se había despertado en un cementerio congelado, el clima era mucho más frío de lo que esperaba aún con el invierno a varias semanas. Debería haberlo planeado mejor. ¡Si tan sólo hubiera tenido más tiempo!

Chauncey giró una y otra vez, estrellándose contra las paredes de los túneles. Dio la vuelta a una curva, y allí estaba. La puerta al final del pasillo. La barra de hierro se encontraba todavía en el lugar, bloqueando a Jolie en el interior.

Se deshizo de ella y abrió la puerta de par en par. Las ratas se escabulleron perezosamente en las sombras. Dos bandejas de plata se encontraban en el suelo, pero la comida había desaparecido, siendo sustituida por una espesa capa de excremento de roedores. Chauncey vio el cuerpo en la cama, pero su cerebro estaba confuso, incapaz de razonar. Parpadeó como si no estuviera viendo correctamente.

La muchacha estaba cubierta de una fina capa de escarcha. Sus ojos azules se abrían cínicos, congelados en una mirada.

Elyce estaba muerta.

Las manos de Chauncey se flexionaron contra el marco de la puerta. Se vio como un niño de nueve años de edad, de pie en el sótano de la cocina, tropezando con la muerte.

—No —volvió a parpadear —. No.

Sus piernas lo empujaron hacia Elyce. Se puso de pie junto a ella, no pudiendo dejar de observarla. Él no había sido capaz de verla como realmente era, más bien, como se suponía que debía estar. Viva.

Un torrente de recuerdos irrumpió a través de su presa mental. Él no creía en el amor, en lo absoluto, era la religión de los necios. No creía en el amor a primera vista, pero la primera vez que vio Elyce, por una fracción de segundo, había dudado de todo lo que pensaba.

Bailaba de una manera que eclipsaba a las chicas comunes, les robaba el escenario. Cada moneda en la sala fluía hacia ella. Había tomado algo ordinario y lo había hecho lucrativo. Ella gobernaba su propio destino.

Ni una sola vez en su vida, Chauncey se había sentido comprendido, pero en las semanas en las que Elyce se había quedado con él en el castillo, la profunda brecha que siempre lo había separado del resto del mundo se había reducido. Eran uno para el otro. Calculadores, manipuladores y cínicos, sí. Pero también impulsivos, hambrientos y sin compromisos.

Él no la amaba en la forma la que otros hombres amaban a sus mujeres, él la amaba de la única forma que podía, por no dejarlo solo en un mundo que lo entendía aún menos de lo que él se entendía a sí mismo.

El ángel había sido la única razón por la que la había echado del castillo. No podía soportar estar en la misma habitación con ella y escuchar esas palabras. "Los días más mágicos de mi vida...". Había odiado a Elyce por eso, pero su enojo fue mal dirigido.

Todo era culpa del ángel. Se inclinó sobre el catre, y apretó la mano de Elyce contra su rostro. Las emociones se agitaban en su interior como pájaros aleteando en una jaula de cristal. ¿A quién tenía ahora? Estaba completamente solo. Totalmente incomprendido.

Chauncey se sacudió en su posición, creyendo sentir la presencia del ángel cerca. Se sentía vigilado, pero las paredes fuera de la celda no brillaban con la sombra del ángel, sino con la de los espíritus de la muerte. Chauncey pudo sentirlos, atrapados y errantes. Su cuerpo se convulsionó en la creencia de que los rodeaban, y se apoyó más en la celda.

—Elyce —siseó. Allí en las mazmorras, tenía la certeza de que la muerte estaba muy lejos y muy cerca al mismo tiempo—. ¿Puedes oírme? ¿El ángel te hizo esto? ¿No?

La puerta de la celda se cerró. Chauncey escuchó la caída de barra de hierro en su lugar, encerrándolo en el interior. Se acercó a la puerta en dos zancadas.

—¿Quién anda ahí? —exigió. No hubo respuesta— ¿Elyce? —no creía en fantasmas, pero, por otro lado, ¿qué otra cosa podría ser?— Fue el ángel, él te mató. Yo no tuve nada que ver con esto.

Miró de nuevo su cuerpo sobre la cama para asegurarse de que todavía estaba allí. Había oído historias de cadáveres levantarse de la tumba para beber la sangre de los vivos...

—¿Hablando con los muertos, Duque? Siga así y la gente va a cuestionar su cordura.

Chauncey se puso rígido ante la voz al otro lado de la puerta.

- —Tú rugió con odio.
- —Espero que te coman las ratas —dijo el ángel en silencio.
- —No es un movimiento sabio, ángel. Estos son mis calabozos. Has invadido mi propiedad. Yo podría colgarte —tras haberlo dicho, se dio cuenta de lo inútil que era la amenaza.
 - —¿Ahorcarme? ¿Con qué? ¿Todo este hilo?

Chauncey sentía como sus fosas nasales se encendían.

—Entonces será mejor que me vaya —la voz del ángel comenzó a desvanecerse.

El pánico se apoderó de la garganta de Chauncey.

—¡Abre la puerta, sinvergüenza embustero! ¡Soy el Duque de Langeais, y este es mi castillo!

Silencio.

Chauncey dio un puñetazo contra la puerta. El ángel se creía inteligente, ¿verdad? Bueno, pues acababa de sentar las bases para su propia destrucción. Deslizando su palma abierta contra las espuelas de montar, Chauncey se hizo un corte y sacudió unas cuantas gotas de sangre. Hizo un juramento. El ángel caería de rodillas. Sería implacable. Despiadado. Jolie podía envejecer y morir, pero habría otras mujeres. Chauncey sólo tenía que esperar con paciencia